

RICARDO.—Mucho. Como que poseo todas las cualidades necesarias para enamorar a una mujer...

JULIA.—Es que te refieres...

RICARDO.—Nada; según tú, soy canalla, cretino, miserable y tengo una amante. Todo esto es lo suficiente para enamorar...

JULIA.—Nos conoces muy poco.

RICARDO.—Los hechos demuestran lo contrario. Hace un buen momento que estoy inspirándote vocablos, muy poco artificiosos, pero te los estoy inspirando. Y no me negarás que la inspiración es un culto al amor.

JULIA.—¿Es que solamente a un hombre se puede amar?

RICARDO.—(Levantándose). ¡Por fin! Ahora dijiste la verdad: tú tienes un amante. Esto era lo que deseaba saber y tú lo has dicho.

JULIA.—(Ofendida). ¡Ricardo!

RICARDO.—¿Intentas desmentir?

JULIA.—No afrentes mi honor.

RICARDO.—¿Es que desmientes?

JULIA.—Sí.

RICARDO.—(Pascándose por la escena). Cada vez me convenzo más de que la mentira, es el mejor hábito que posean las mujeres.

JULIA.—(Desesperada). ¡Ay, Dios mío! ¡Qué desgraciada soy! Yo que te fui tan fiel, que te esperaba con la sopita caliente todas las noches... Y tú... venías de la casa de... esa...

RICARDO.—(Con un poco de calma). Bueno, ya sabes lo que te he dicho. Ahora, si tú crees más en la difamación, que en mi honorabilidad...

JULIA.—¿Todavía intentas mentirme, después de haberte agarrado con el pájaro en la mano?

RICARDO.—Bueno, ponlo en la jaula y cuélgala hasta que venga tu madre, a quien tendrás la satisfacción de entregarte. ¿Oyes? De entregarte. (Aparte). ¡Pobrecita!...

JULIA.—¡Sinvergüenza! Lo que van a hablar las de Pomodoro...

RICARDO.—El guiso que van a hacer...

JULIA.—(Casi llorando). ¡Qué desgraciada soy! Y pensar que yo no tengo la culpa.

RICARDO.—Embromarse. Ni yo tampoco.

JULIA.—Lo único que falta ahora, es que me castigues.

RICARDO.—(Algo serio). Y lo único que deseas también...

JULIA.—Eso es. Pégame, pégame...

RICARDO.—Eres mujer y basta. Te hubiera dado yo una bofetada cada vez que me reprobaste algo, no hubiera sucedido nada.

JULIA.—Mentira. Yo nunca te reprobé nada, nunca.

RICARDO.—Y si no me reprobaste fué porque no quisiste. Yo nunca te lo prohibí.

JULIA.—Ni yo tampoco.

RICARDO.—Bueno, basta. ¿O es que vamos a sacar los trapitos al sol?

JULIA.—Yo no saco nada...

RICARDO.—Bueno, déjalos que se humedezcan, entonces... (Oyese un timbre, en el interior).

JULIA.—Están llamando. La sirvienta no debe sentir. Anda a abrir...

RICARDO.—Vaya usted. No faltaba más...

JULIA.—(Haciendo mutis foro). Ya ves si soy buena... (Llorando). Hasta te abro la puerta...